

LAS REVISTAS CULTURALES

Rubén López Rodríguez

Se incendiaron las primeras yerbas en la pradera para que la imaginación llegara al poder simbólico, en el lenguaje, no al poder político; hubo unos motivos en la Revolución de Mayo del 68 en Francia. La imaginación se había iniciado muchos siglos antes en el terreno de la literatura: Homero con *La Iliada* y *La Odisea*. A primera vista, Mayo del 68 fue una revolución con las palabras que no aniquiló al Estado, pero sí condujo al incremento de la lectura, a la modificación del yo, al cambio de la familia. En el ámbito internacional ocurrieron, o habían de ocurrir, sucesos históricos como la guerra de Vietnam, la Primavera de Praga, la matanza de Tlatelolco, la Revolución cultural China, el asesinato de Martin Luther King, la rebelión estudiantil de Estados Unidos (motivada en especial por la ideología de Marcuse), la aparición de la llamada Nueva Izquierda, conformada por grupos anarquistas, trotskistas, maoístas, freudianos y estructuralistas. Todos estos elementos formaron un coctel que estalló y se expresó en centenares de consignas escritas en aulas y calles de París y otras regiones: “El arte está en las calles”, “Lo sagrado: ahí está el enemigo”, “No puede volver a dormir tranquilo aquel que una vez abrió los ojos”... Camus seguía viviendo a través de su libro *El hombre rebelde*, y los rebeldes eran empujados en la lucha callejera por Sartre, el filósofo de ojo crítico. El movimiento rebelde se propagó a otros países de Europa y América, con el despertar de una nueva conciencia de la historia que prendía una chispa en los ojos ausentes.

Suramérica se compone de trece países y si incluimos los de lengua española de Centro y Norteamérica tendremos una veintena de naciones. Los lazos que las unen son tejidos escasos y de serena superficialidad. Las noticias que, por ejemplo, tienen los brasileños de Colombia, aluden a tragedias, con patéticas fotografías y disturbios sociales de grandes proporciones. Casi nadie conoce el lado bueno, amable, humano, creativo, de Uruguay, Perú o Costa Rica. Casi nadie conoce la literatura, el cine, la música o el arte del país vecino, como si existiera una cortina de humo que no permite ver, oír o hablar con los vecinos del patio de enseguida.

En este planeta azul, donde nada se ve completo, donde nada se satisface por entero, ni el escrito del autor, ni el

recital del cantautor, ni el canto del poeta, ni el cuadro del pintor, las revistas no son empresas de información sino de conocimiento que abre nuevos ojos para mirar, que mantiene al hilo a sus lectores sobre cuestiones que son de su interés. Las revistas son centros de difusión cultural, de acercamiento desprevenido, de debate con centelleo de ojos, de comunicación de signos y símbolos. Son lugares privilegiados de encuentro aunque existan contradicciones entre lo que se ve y lo que se oye.

El proyecto cultural

Toda revista parte de un proyecto implícito o explícito, es decir, hecho manifiesto la mayoría de las veces. Un caso ejemplar es el manifiesto del surrealismo y las revistas que publicó este movimiento literario y artístico. Desde 1924, André Breton dirigió en París la revista *La Revolución Surrealista*. A este respecto escribió José Carlos Mariátegui: “Un número de *La Revolución Surrealista* representa casi siempre un examen de conciencia, una interrogación nueva, una tentativa arriesgada. Cada número acusa un nuevo reagrupamiento de fuerzas. La misma dirección de la revista, en su sentido funcional o personal, ha variado algunas veces, hasta que la ha asumido, imprimiéndole continuidad, André Breton. Una revista de esta índole no podía tener una regularidad periódica, exacta, en su publicación. Todas sus expresiones deben ser fieles a la línea atormentada, peligrosa, desafiante de sus investigaciones y sus experimentos.”¹ *Resonancias* no se pondrá en la línea de las consignas, pero sí en la onda de reflexiones que llevan implícita la gran consigna de “La imaginación al poder”, donde escribir no es un oficio destinado a airear las miserias de la pasión cotidiana, pues hay que levantar una valla definida entre esas dos esferas de la vida si se pretende hacer arte. Una revista de proyección cultural implica manejar el concepto de “cultura”, definir qué la diferencia de las demás. La revista no es un fin, es un medio (o para qué) destinado a difundir expresiones culturales que no circulan. Es como difundir una especie de amable calidez sobre el paisaje invernal, o mejor, sobre un panorama desértico en materia de revistas con valioso contenido cultural; sin cerrar la vista ante las que son el producto de la realización industria-cultura, pero también como realización cultural.

¹ J. C. Mariátegui, *El artista y la época*, Lima, Amauta, 1964, p. 49.

Salta de relieve que *Resonancias* ha sabido recoger en sus páginas, con una visión amplia y de largo alcance, la vida cultural de Europa y América, básicamente en lo que concierne a la literatura y el arte.

Nos recuerda un hito en la historia de Colombia y Latinoamérica, la generación de la revista *Mito*, en el sentido de que derrumbó nuestras constreñidas fronteras culturales para colocarse más allá de las bibliotecas aldeanas. Si la examinamos con mayor atención nos damos cuenta de que su nombre proviene del intento por descorrer los velos de la mentira y de la doble moral desde la punta del ovillo, de revelar la necesidad del “hombre *kitsch*” de mirarse en el espejo del engaño embellecedor y reconocerse en él con alarmada complacencia.

Para ofrecer un claro panorama de la magnífica revista nada mejor que la mirada aguda de Rafael Gutiérrez Girardot: “La fundación de la revista *Mito* en 1955 significó un salto cultural en la historia de Colombia. Desde el nivel y la perspectiva de sus artículos, los poetas y escritores oficiales, los académicos de una novela, [...] aparecían como lo que en realidad siempre habían sido: restos rezagados menores de un siglo XIX de campanario. [...] No fue una revista de capillas, porque en ella colaboraron autores de tendencias y militancias políticas opuestas (Gerardo Molina y Eduardo Cote Lamus, por ejemplo). Demostró que en Colombia era posible romper el cerco de la mediocridad y que, por consiguiente, esta no es fatalmente constitutiva del país.”²

El perfil de *Mito* derivó de revistas que la precedieron en otros países de América Latina y de las que se diferenció enfocando hechos a la luz de consideraciones diferentes: *Orígenes*, en Cuba; *Sur*, en Buenos Aires; *Las Moradas*, en Lima; *Asonante*, en Puerto Rico; *Letras de México*, en México. En ellas campeaban la literatura, la filosofía y las artes plásticas. Las revistas *Sur* y *Orígenes* serán referentes necesarios para las futuras revistas en la América Latina. La heterodoxia caracterizó el perfil político y filosófico de *Mito*, por cuanto es evidente que también escribieron en sus páginas autores de militancia conservadora. Duró desde 1955, enhebrando trabajos y silencios, hasta la muerte de su director Gaitán Durán en un accidente aéreo, en 1962, hecho que revela a todas luces que era el alma de la revista.

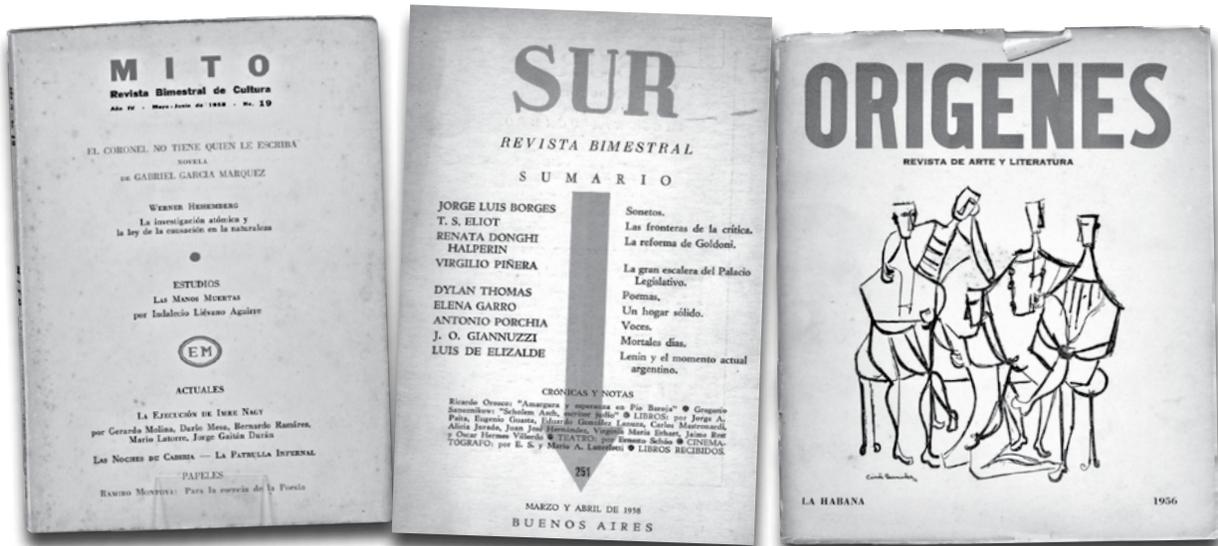
Existen algunos casos que enseñan con el ejemplo: Borges pudo hacerse conocer desde la revista *Sur*, Lezama Lema con *Orígenes*, García Márquez con la revista *Mito*, Sartre maduró en su proceso de vinificación en *Los Tiempos modernos* y Octavio Paz con la revista *Vuelta*. Veamos tres hitos históricos: Isaak Babel, Jorge Luis Borges y García

Márquez. Con veintiún años, Babel se desplazó a Petersburgo. En esta ciudad la pasó como perros en misa ya que no tenía certificado de residencia y se ocultaba de la policía en un sótano donde vivía un camarero alcohólico y desgarrado por las feroces dentelladas de la vida. Empezó a llevar sus producciones a editoriales, pero lo rechazaban en todas partes. El sentido común bien entendido de los redactores le aconsejaban que buscara trabajo en alguna tienda, pero él hacía caso omiso. Se afirma que por entonces Babel no sabía qué escribir, pero lo hacía con agilidad de gacela. A fines del año siguiente conoció a Máximo Gorki, quien le publicó sus primeros cuentos en su revista *Létopis*. A causa de estos relatos fue enjuiciado por intento de sedición y pornografía. Gorki le transmitió, como un sol cálido, consejos de extraordinario valor. Y cuando se aclaró que escribía muy mal, su mentor lo envió a que se mezclara con el pueblo. Años después, cuando aprendió a expresar sus pensamientos con claridad y sin explayarse demasiado, ya triscado el trigo, Babel se convirtió en uno de los grandes cuentistas de Rusia, acaso el mejor después de Chéjov. El inicio de su carrera literaria la data en la revista *Lef* cuando aparecieron como personalidad creadora varios de sus relatos.

Borges regresó de Europa a la Argentina. En su país participó en la edificación de varias revistas literarias y filosóficas, como *Prisma*, *Proa* y *Martín Fierro*, en la que publicó de forma ocasional. Luego publicó a menudo en la revista *Sur*. Pero, según su testimonio, cuando se fundó esta publicación Victoria Ocampo solía querer editar colaboradores ilustres y no las notas de actualidad cultural, que son las que interesan al lector, mientras que si éste se topa con un texto de cuarenta páginas de Homero y otro de cincuenta de Víctor Hugo encontrará la fatiga en la visión. Además, el lector encontraba en una antología mensual a Valery junto a Huxley y no una revista, la que se hace con un grupo de personas que comparten las mismas convicciones en sus miradas que excluyen la incredulidad. Había escritores que figuraban en serio, pero otros modelaban por cortesía y también se editaban personajes que nada tenían que ver con la literatura.

En la revista *Mito* García Márquez publicó por vez primera su novela breve *El coronel no tiene quien le escriba*, el cuento “En este pueblo no hay ladrones” y un fragmento de novela, a manera de cuento, bajo el título de “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, el mismo que Gabo había desechado de su primera novela *La hojarasca*. Jorge Gaitán Durán, el excelso director de *Mito*, reconstruyó el fragmento después de rescatarlo de la caneca de la basura en casa de García Márquez, poniendo a prueba su capacidad arácnida de reconstruir la telaraña después de un balonazo. El escritor colombiano había sobrevivido en París, en una buhardilla, que fue testigo de la escritura de *El coronel no tiene quien le escriba*. Al quedarse sin

² F. Jurado Valencia, *Mito 50 años después (1955-2005)*, Bogotá, Lumen, 2005, pp. 13-14.



trabajo del diario *El Espectador* de Bogotá, cerrado por el dictador Rojas Pinilla, su amigo Plinio Apuleyo Mendoza le consiguió un puesto de redactor en la revista *Momento* de Caracas.

Sin pensarlo, el hilo que borda el tejido de la poesía aporta elementos para comprender las cuestiones de los ensayos. Para conocer la obra de los poetas con sus laberintos confusos y brillantes son indispensables las revistas. En 1927 las revistas poéticas alcanzaron su mayor auge, casos de *Carmen*, *Litoral*, *Verso* y *Prosa*, *La Gaceta Literaria* y otras. En ellas se manifestó la Generación del 27, que se arriesga por el camino espinoso de la vanguardia, con plumas como García Lorca, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén y otros.

El poeta Apollinaire colaboraba en las más importantes revistas, siendo una punta de lanza innovadora del reflujo de la vanguardia poética y artística de comienzos del siglo XX. Fundó con varios amigos el órgano del arte y de la poesía de vanguardia *Soirées de Paris*. Allen Ginsberg se refería a una de las pocas revistas que leía por ser multicultural y proletaria, le placía sobremanera porque ofrecía, como las orquídeas que brindan toda la gama de tonos rosados y violeta, una mezcla de poetas, escritores latinos, músicos, fotógrafos, negros, judíos. Esa revista excelente a su vista se llamaba *Long shot*.

El equipo, el director y el editor

Como se ha visto, toda revista parte de un programa implícito o hecho manifiesto la mayoría de veces. Un grupo literario o académico, provisto de una visión nueva, producía un manifiesto y fundaba una publicación. Un ejemplo clásico es el manifiesto surrealista y las revistas de ese movimiento como *Literatura*. A veces el “para qué” ha logrado una expresión tan sintética que el punto de mira ha

quedado en el mismo título: la revista *Eco* pretendió ser una caja de resonancias de diferentes culturas, *Plural* expresaba una concepción democrática, *Rampa* la idea de ser una plataforma de lanzamiento de nuevos escritores, *Resonancias* piensa en la musicalidad de las palabras.

Para definir el carácter de una revista hay que rodearse desde un comienzo, con mirada curiosa y ánimo expectante, de un equipo de trabajo con un editor literario, más un elenco de redactores y colaboradores. En la revista *Orígenes* Lezama Lima fue la figura poética tutelar, mientras que Rodríguez Feo daba su respaldo económico. Borges y Victoria Ocampo, en el mismo orden, cumplieron su rol en la revista *Sur*.

De cómo los ciclos económicos arrasan con las empresas culturales un ejemplo es la desaparición de *Rampa* en su edición física, para continuar solo en el campo virtual. Era difícil vender publicidad porque sus lectores tenían la tendencia a desconfiar de la economía de consumo. Era una de las muchas revistas que se sostienen básicamente por los aportes económicos de sus miembros, como ocurrió con la *Revista Contemporánea*, bajo el liderazgo de Baldomero Sanín Cano. Desde cualquier punto de vista, el problema no es tanto las colaboraciones, sino la financiación, como se desprende de las palabras de Cyril Connolly, quien fundó en Inglaterra la revista *Horizon*, que se acabó en 1950: “Cerramos las grandes ventanas a Bedford Square, se llevaron el teléfono, los números atrasados fueron a parar al sótano, los archivos se pudrieron entre el polvo. Solo seguían llegando inexorablemente las colaboraciones, como las botellas de leche a la casa de un suicida, y siguen llegando todavía.”

En Casa de las Américas, en La Habana, se realizó el Segundo Encuentro de Revistas Culturales, en febrero del año 2000 (el primer encuentro se hizo en Bogotá), evento

que reunió de preferencia a directores de revistas culturales del ámbito iberoamericano. A propósito del internet, si bien se manifestó que en la pantalla no se leen artículos muy largos, y no se ve muy claro que la red vaya a remplazar los libros y las revistas, se insistió en no tener una visión satanizada de la tecnología, ya que es otra herramienta, como la imprenta de Gutenberg. Algo que preocupaba tanto como al marinero el mar era el sino religioso de las revistas latinoamericanas, que consiste en salir cuando Dios quiere. En la práctica todas las revistas, excepto *Número*, manifestaron problemas de financiación y de circulación; casi todas eran hechas con las uñas, incluida la revista *Rampa* que editábamos y dirigíamos.

Digamos de pincelada que sin apoyos definidos no se podría concebir la existencia de una revista. Por ejemplo, *Archipiélago*, de la Universidad Nacional Autónoma de México, que tiene en Carlos Véjar Pérez-Rubio un director caracterizado por la seriedad y la tenacidad, ha contado en su momento con el apoyo de algunas universidades mexicanas importantes, al igual que de diversas instituciones culturales y otras de carácter multinacional con sede en este país, como el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y la representación de la Unesco, entre otras.

Acerca de la función del director diremos que Octavio Paz, después de muerto, siguió dirigiendo la revista *Vuelta*. Hernando Valencia Goelkel colaboró en la revista *Eco* de Bogotá, que dirigió entre los años 1963 y 1967. De forma ideal se plantea que el editor ha de ser incorruptible y desinteresado, inflexible en sus decisiones, perfeccionista hasta la saciedad, tener una idea clara de qué quiere hacer con la revista, darle un estilo definitivo y elevarlo al peldaño más alto de la cultura; ser indiferente a la peste de la fama, impasible a modas, tendencias, premios e incluso a las preferencias de los lectores; conjugar un imponente aire de autoridad con las más suaves y educadas maneras: una suerte de combinación de Simón Bolívar con Fray Martín de Porres.

El editor, función que también podría asumir el mismo director, conforma un equipo técnico y de investigación, señala recursos económicos, asigna funciones como la distribución o propagación de la revista, partiendo de la noción del límite. Sobre esa función vital que es la difusión diremos que *Archipiélago* se distribuye en el ámbito nacional e internacional por diversos canales institucionales, comerciales y personales.

El editor ha de buscar un sucesor, que no sea alguien ajeno a la revista, de manera que conozca todo su rodaje. Sin ponerle fin al estilo fundacional que durante años la ha animado con ojos muy abiertos y ánimo suspenso, es decir, que se mantengan los signos característicos que hacen el

sello personal de la revista. Así mismo, establecer normas de estilo y de funcionamiento, que terminan por convertirse en la marca de fábrica.

Las revistas culturales y literarias son espacios que sirven para que muchos escritores se den a conocer, aunque no siempre ocurre así; también está la opción de las editoriales. Los editores de *Mito* hicieron conocer a los escritores contemporáneos más representativos hasta entonces en América Latina: Cortázar, Carpentier, Reyes, Rulfo, Fuentes, Paz, Borges, García Márquez; de España, Goytisolo, Aleixandre, Cernuda. Fue una revista editada por escritores, caso de los poetas Gaitán Durán y Cote Lamus, pero orientada hacia los tópicos de la cultura, el pensamiento y la vida política; si bien la expresión que más permaneció fue la literatura. No fue una revista para el mutuo elogio entre los amigos, ni representó una generación, como es común en la edición de una revista. En *Mito* convergieron, como hilos de vectores universales en el nudo complicado que es el hombre, una serie de escritores que ya habían ganado un lugar en la evolución de la literatura colombiana, como Hernando Téllez, Jorge Zalamea, Eduardo Carranza, León de Greiff, Porfirio Barba Jacob. Y presentaron allí nuevas figuras, casos de García Márquez, Gaitán Durán, Rogelio Echavarría, Eduardo Cote Lamus, Fernando Arbeláez, Pedro Gómez Valderrama, Jorge Eliécer Ruiz, Charry Lara y Hernando Valencia Goelkel. En el país todas las miradas convergían en ellos.

Se observará que, en la perspectiva de Gustavo Cobo Borda, Gaitán Durán y quienes lo acompañaban en el proyecto “odiaban el conformismo de la sociedad colombiana. Su provincianismo y su bobería”, tal como señala Jorge Eliécer Ruiz en un trabajo incluido en un compendio de *Mito*, revista bimestral de cultura, con motivo de los cincuenta años de haber existido. Además de develar los mitos sociales, la revista exhibió universalidad con el planteo de alternativas sin explicitarlas, solo mostrando otras miradas frente al mundo como las ideas de Marx, Freud, Heidegger, Nietzsche, Lévi Strauss, Sartre, Camus, Durrell, Sade, Breton y otros. Su proyecto era divulgar con repiques de campanas las grandes discusiones de la época y servir de palestra para el encuentro de la diversidad. La revista buscó ser un puente hacia lo universal en un momento de penumbra política y de aislamiento cultural en Colombia.

Es que las revistas, además de ser trincheras de tesis o estilos, sirven de atalayas desde las cuales se han ejercitado quienes después fueron distinguidos autores y que dieron en ellas los primeros vuelos, que luego permitieron, en libros, elevarse hacia las alturas. Sartre y la pléyade de escritores, críticos y psicoanalistas que lideró, maduraron en *Los tiempos modernos*; Thomas S. Eliot se hizo conocer

desde la revista *The Criterion*; Ezra Pound en *The Egoist*. En Colombia este “para qué” también ha sido destino de las revistas. Así, la *Revista Contemporánea*, considerada una de las más cultas de Hispanoamérica en la aurora del siglo XX, le permitió a Baldomero Sanín Cano explayar sus ensayos. *El Bodegón* fue el medio de formación del joven poeta Luis Carlos López.

En *Archipiélago* la convocatoria también ha sido para los artistas plásticos, partiendo de que en la actualidad latinoamericana y caribeña existe una producción floreciente en ese sentido. El artista no representa las cosas como son, sino como las percibe, como las siente. Crea, no retrata; esta última se supone que es labor de la ciencia. Libertad para el artista es no acudir a modelos asfixiantes que empobrecen la percepción de sus obras, encasillarlo en escuelas es una visión que termina por mutilar su creación. Libertad para el artista y mirada sin ataduras para el crítico, todo esto habría de ser parte de la “filosofía” de una revista.

La identidad y la integración cultural

Archipiélago. Revista cultural de nuestra América, fundada en México en 1992, cuando se cumplieron 500 años de la expoliación de América, propone hebras diversas para elaborar un hilo conductor en el laberinto de la integración de América Latina y el Caribe, en sus territorios y en anchuras como Estados Unidos y Canadá, donde habitan migrantes de origen latinoamericano y caribeño. Sirve a los propósitos de ir cosiendo el tejido del movimiento cultural que, abierto al mundo, reafirme nuestra identidad colectiva y orgullo de ser, que no muera bajo las garras del buitres. A la luz de la idea de una Iberoamérica unida, acorde con el devenir histórico que nos compete, se comprende la primera acción iniciada por el proyecto Archipiélago para cumplir su faena: la publicación de una revista representativa del pensamiento, que fuera enhebrando en el collar de perlas la memoria y la creación científica, artística y literaria de la región, destinadas a quitar la venda de los ojos para que se asomen a lo real. El problema no es la cantidad sino la calidad de los lectores. El carácter integral de la cultura que *Archipiélago* propone responde a las exigencias de un lector de visión amplia, mirada englobante, maciza preparación académica y permanencia laboral, que de acuerdo a los hechos requiere tomar decisiones importantes y que, por su notoria participación en el entrelazamiento del tejido social, forma parte de los líderes que estampam opiniones en su comunidad.

También saltan a la vista los que, durante muchos años, fueron los objetivos básicos de la revista de arte y literatura

³ Carlos Véjar Peréz-Rubio, *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta*. Prólogo de Félix Baéz-Jorge, México, CIALC, 2013, pp. 13-14.

Francachela, guiada como un faro en altamar por su flamante director José Ezequiel Kameniecki. Proyecto entre Chile y Argentina, era editada en Buenos Aires, con representación en muchos países, luchando por la integración cultural hispanoamericana. La revista se proponía buscar una forma de entendimiento, de interacción cultural entre los pueblos, sin destruir los valores regionales e individuales de cada grupo étnico. En otras palabras, había una toma de posición contraria a la globalización que viene siendo impuesta y que pretende la supremacía de la lengua inglesa, la hegemonía gringa, anclada única y exclusivamente en los más sombríos colores del lucro y del consumo, dado que no interesan valores distintos al monetario. La lucha de *Francachela* era contra esa globalización donde las naciones se disuelven y hay expansión por el planeta de unas maneras de vestir, de comer, etcétera, con la pretensión de una uniformidad mundial; se quiere imponer una cultura internacional eliminando las culturas locales, las memorias y las tradiciones.

Acaso *Resonancias* no sea ajena a este proyecto. Incluso en estos aciagos tiempos de virus es plausible que arrojados autores, que beben de la fuente del campo literario, quieran rescatar personajes como Raymond Aron (autor, entre otras obras, de *El opio de los intelectuales*), y así puedan llegar a sembrar algunas rosas en una tierra despiadada, apaleados no solo por múltiples tormentas, en este baile de máscaras que es la vida.

Partiendo de que las ideas y las palabras sí transforman el mundo, ajena al conformismo que inhibe la acción, mientras que la preocupación es generadora de actividad, la revista cultural *Rampa* se inscribía en un proyecto hispanoamericano a fin de conformar una identidad cultural que todavía no tenemos. Ello sin perder de vista las raíces culturales imbricadas con la herencia de tres culturas dominantes: la indígena, la española y la africana. Con razón, Carlos Véjar considera que en el caso del Gran Caribe, como en el de nuestra América, “debe hablarse más bien de una conciencia supranacional, de una identidad regional”, en que las manifestaciones culturales se armonizan; el reto principal es “sacudirse el neocolonialismo”, según lo planteara Leopoldo Zea en un ensayo magistral en torno a Simón Bolívar.³

Rubén López Rodrigué (Santa Rosa de Cabal, 1956). Escritor y editor colombiano, diplomado de la Universidad de Antioquia. Fue fundador y editor de las revistas *OASSYS* y *RAMPA*. Autodidacta del psicoanálisis, es autor de cuatro libros de ensayos: *La concepción freudiana sobre el mundo exterior* (1985), *Momentos del psicoanálisis en Colombia* (1995), *Hacia una estética psicoanalítica* (2000) y *La luciérnaga psicoanalítica* (2000). También es autor del libro de relatos *La estola púrpura* (2009), coautor de *Contra el viento del olvido* (entrevista con William Ospina, 2001), *Feminidades: sacrificio y negociación en los tiempos del derecho* (2010) y el libro de fábulas infantiles *El Carnero Azul*. Es corresponsal de *Archipiélago* en Colombia.